

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

24. EL RITUAL DEL ABISMO



PARADO ahí, en la semioscuridad de la terraza, frente al hueco abierto hacia el Misterio, recuerdo que me quedé sin movimiento, casi sin impulso alguno, durante varios minutos.

Yo era Héctor Poletti, escritor uruguayo, flamante Premio Nobel, en viaje de recreo por Europa..., apenas, como quien dice, escindido de la tiranía de un *umbilicus* excepcionalmente resistente. Yo era, por lo demás, un materialista convencido. No creía en paparruchas. Y, sin embargo...

Me puse en campaña. ¡Había que llegar al fondo del asunto! Este es el último cuarto del siglo XX... Ya con un pie prácticamente en los desiertos de Marte, ¿alguien, de coeficiente intelectual superior al de un babuino, se iba a dejar mistificar por unas cuantas sugerencias malévolas?

Sonreí con dureza; un gesto, no obstante, algo desperdiciado en aquella solitaria terraza envuelta en sombras.

Volví al Cuarto Azul. Estiré los brazos para correr las cortinas; luego encendí la portátil de la mesita de luz (¡bendita instalación eléctrica!) y busqué lo necesario en mi valija.

La Polaroid estaba cargada. Solté los broches del estuche de cuero, extraje el estupendo teleobjetivo de fabricación alemana, y se lo adapté. También contaba con un pequeño y excelente grabador a cassette, amén de una linterna y un par de binoculares de campaña. Así pertrechado, no me asustaba ninguna farsa, por bien orquestada que estuviese.

Los puntos ígneos seguían ahí. Dirigí los prismáticos hacia ellos, acomodando el foco hasta obtener una imagen clara.

SIN DUDA se trataba de antorchas. Inclusive se distinguían las figuras que las sostenían. En apariencia, estaban reunidas formando un círculo en torno a algo que no conseguía determinar bien... ¡Ahora comenzaron a oscilar, como si los sujetos bailasen.!...

Cambié por la Polaroid. El teleobjetivo poseía un alcance sensiblemente mayor, a la par que un dispositivo anexo de visión infrarroja, o cosa por el estilo. A través de él, la escena sufrió una transformación radical. Un aura verdosa se apoderó de las formas. Las sombras profundas perdieron opacidad, y los puntos luminosos se difuminaron para prestar cierta definición al resto del cuadro.

Ahora los veía con claridad. Y sentí una oleada de repulsión, subiéndome desde la boca del estómago, mezclada con vestigios de ese terror sin nombre que ya antes me asaltara. No eran completamente *humanos*.

La danza a que se entregaban era grotesca. La escasa fluidez de movimientos sugería deformidades repugnantes, ocultas en parte bajo la especie de mantos sueltos con que se envolvían. El resplandor de las llamas, aunque atenuado por el dispositivo infrarrojo, prestaba relieves obscenos a aquellas criaturas.

De súbito cobré conciencia de la rigidez de mi espina dorsal, insertándose en el cráneo. ¡No había visto aún todo el horror!

El centro del ceremonial —pues así lo calificué— era una especie de altar rústico (lo entreveía al separarse los celebrantes, con las alternativas de la danza) donde se extendía una pálida figura inanimada. Contuve el aliento. Esos largos cabellos negros....

—¡Una... *mujer!* —resollé, entre dientes casi soldados.

EL RITMO de la danza se intensificó. Fascinado, no podía dejar de observar, aunque el visor de la Polaroid me dolía en el ojo... Ahora era frenético, desenfrenado. Jamás había presenciado rituales indígenas, de modo que no podía comparar. Pero, mediante cierto instinto, tuve la certeza de que aquello era infinitamente más blasfemo que cualquier ritual pagano.

Repentinamente, las figuras se congelaron en sus respectivos lugares. Una de ellas, que parecía ejercer cierta autoridad sobre las demás, alzó los brazos con impresionante lentitud.

Palidecí... A través de la distancia, alteradas hasta perder el sentido, me llegaron las frases de una invocación.

Acto seguido, la mujer del altar adquirió movimiento. Con rigidez, irguió la parte superior de su cuerpo desnudo, hasta quedar sentada sobre la losa. Entonces volvió la cabeza, con lo que quedó enfrentando a mi teleobjetivo. Sus ojos, vidriosos, no demostraban ver, y toda ella semejaba estar sumida en algún tipo de trance. Quizás, pensé, ni advertía lo que estaba pasando...

—¡*Voy a sacarte de ahí, Verna!* —proferí, en alta voz.

Y me abalancé a buscar mi ropa, mi linterna ..., y la Browning 9mm, que jamás se me había ocurrido que alguna vez iba a tener que utilizar..., hasta ese instante.

(Continúa)

¡POLETTI DISPUESTO A JUGARSE EL TODO POR EL TODO!... ¿A QUÉ ESPANTOSO PELIGRO ESTÁ A PUNTO DE EXPONERSE..., TAN SÓLO A CAUSA DE UNA VISIÓN IMPRECISA? ¿REALMENTE SE ESTÁ LLEVANDO A CABO EL RITUAL DEMONIACO QUE HA CREÍDO VISLUMBRAR DESDE SU VENTANA? ¿SERÁ EN REALIDAD VERNA NADASDY LA MUJER QUE YACE EN EL ALTAR DEL SACRIFICIO?... ¡MUY PRONTO TENDREMOS LAS RESPUESTAS!... ¡EL SIGUIENTE CAPÍTULO ESTÁ ALLÍ, NOMÁS! ¡EN ESTA MISMA PÁGINA! ¡NO SE LO PIERDA!

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com